

Capítulo

**SÍNTOMA SOCIAL Y
SÍNTOMA PARTICULAR
INSERCIÓN Y LAZOS
SOCIALES EN 2017**

Capítulo 8

SÍNTOMA SOCIAL Y SÍNTOMA
PARTICULAR
INSERCIÓN Y LAZOS SOCIALES EN 2017

Gabriel Lombardi

Universidad de Buenos Aires

<https://orcid.org/0000-0002-0571-3208>

De un modo cada día más apremiante, disfrutamos y también padecemos los efectos de la llamada globalización. Es una fase nítidamente diferente de las anteriores, que plantea interrogantes desde todas las perspectivas en que se la mida, y también por supuesto para la clínica y la práctica del psicoanálisis.

Las civilizaciones del hombre ya han atravesado fases muy diferentes. Douglas Robertson (1989: 8-36) propuso distinguir las siguientes:

- 1) Aquellas que contaron solamente con el lenguaje, con el que verosíblemente bastaba para constituir el *discurso del amo antiguo* y su efecto ordenador primitivo;
- 2) Las civilizaciones que, además, escribieron y que hasta hace algunos siglos difundieron, gracias a laboriosos copistas, sus textos manuscritos solamente accesibles al poder y al clero; los primeros los leían menos que los segundos, a quienes les había tocado en suerte (el término “clero” remite al azar) los beneficios eclesiásticos, entre los cuales el acceso a algunos textos o fragmentos de textos; hacia el fin del Medievo y antes de la invención de la imprenta, el *discurso universitario* fue posible ya en esta etapa;

- 3) Las que emplearon la imprenta (Eisenstein, 1979), poderosa herramienta que hizo posible la difusión de los textos, el fin del Medievo, la estabilización del *discurso científico*, la revolución industrial y la Era Moderna;
- 4) La revolución informática, que comienza con Alan Turing entre 1937 y 1950 (Hodges, 1983), y que en poco más de medio siglo ha inducido un impresionante efecto de globalización sobre todas las civilizaciones. La clave es el empuje tecnológico a la informatización de los saberes y de las prácticas.

La globalización

Robertson observó que los relatos sobre la destrucción de civilizaciones que empleaban la escritura por parte de otras de nivel previo son comunes en la historia; por el contrario, las que contaron con la imprenta invariablemente conquistaron o destruyeron las civilizaciones inferiores (Robertson, 1998: 31). En cuanto a la civilización numérica, si bien es reciente, todo indica que no sólo puede prevalecer sobre las anteriores, sino que ya las engloba en una telaraña mundial *{world wide web}* que no se restringe a las computadoras, sino que involucra muchísimas otras formas de interface o terminal de hardware físico – cada día se inventan algunas nuevas -. Esa red involucra los intercambios facilitados a distancia, el teléfono y todos sus sucedáneos, la difusión de la información en casi todos sus niveles, periodística, literaria, académica, pero también el rumor y el *acting out*, lo que se dice o se muestra sin sujeto, las transacciones comerciales que se vuelven, al mismo tiempo, inmateriales y reales, el endeudamiento – ese logro fácil y pírrico cada vez más ágil por la oferta de capitales mayormente anónimos, que aventajan al trabajo en las ganancias que retornan (Piketty, 1913), las redes sociales que tienden a sustituir los lazos sociales tradicionales, el control digital de los dispositivos domésticos y colectivos – sonríe, te están filmando -, y hasta los programas de seguimiento del partenaire que terminan de licuar las certezas del amor.

No existe, por el momento, ninguna organización que, sin las armas de la informática, tenga chances de prevalecer sobre esta nueva civilización en red. Al punto que el Estado Islámico, en este momento su más notorio enemigo, aun defendiendo los valores de una tradición milenaria, ha de valerse de las herramientas subrepticias del software, de la publicidad y del marketing vía internet para obtener información militar y civil, para reclutar militantes, para

sincronizar sus ataques y producir terror televisivo en su lucha contra el sistema global – no sin cierta connivencia de los medios del tipo BBC o CNN, que difunden el horror con celeridad, esmero y detalle -.

Las industrias que proporcionan estas herramientas/armas son llamadas en el mercado *technologies*, nítido mensaje de que las “técnicas” que prevalecen son las de la programación digital. Ahora bien, si la tecnología de la información puede afectar, activar o ayudar a someter tan eficazmente al hablante y a sus civilizaciones, es por ser un resultado de investigaciones sobre el lenguaje y sobre operaciones lógicas basadas en la aritmética (teoría de números que son efectos del lenguaje). En esas investigaciones y resultados, el sujeto de Freud y de Lacan está involucrado hasta los tuétanos. Los “comandos” de cualquier terminal de internet, desde una *Play station* hasta una supercomputadora, no solamente son empleados por el usuario, esos comandos simultáneamente comandan en él un efecto cuyo impacto recién estamos advirtiendo (Agamben, 1915: 37ss).

Dediqué algún tiempo a estudiar el surgimiento de los lenguajes de máquina, su breve e intensa historia y las crisis por las que debieron pasar sus autores fundamentales. Esos lenguajes fueron recortados con precisión del lenguaje ordinario, el lenguaje equívoco que habitamos en diversas lenguas y que también hace posible los lenguajes de máquina. Estudié las autoaplicaciones contradictorias o paradójicas del lenguaje, y también los métodos y las técnicas de eliminación de esas autoaplicaciones, técnicas en las que se basa la matriz lógica de los lenguajes de programación (Lombardi, 2008). La idea de *software* surge de la supresión, del lenguaje ordinario, de todas aquellas autoaplicaciones que puedan llevar a la máquina a la ambigüedad o la duda, a no saber qué camino seguir, dicho de otro modo, a tener que elegir y preferir para poder decidirse y no quedar en la una oscilación eterna.

El software surge, entonces, de un proceso de depuración por exclusión de aquellas combinaciones de lenguaje que permiten optar, preferir, desear, elegir, actuar. La máquina emerge de la supresión en suma de los efectos de sujeto, emergentes de las divisiones, los lapsus y las mentiras que propicia el lenguaje cuando todavía puede contra-decirse. La contra-dicción, por el contrario, es ese empleo del lenguaje que está en la base de la represión y de otros mecanismos de producción del sujeto, y particularmente del sujeto de la clínica, que es el sujeto dividido o sujeto-síntoma; porque la división del ser se padece, a ella le es inherente el *pathos* que entorpece o precipita la acción humana, y muchas veces simultáneamente – como pasa en lo que llamamos “compulsión” -.

El sujeto que nos llega en la clínica actual ha de situarse, entonces, como un residuo de la programación, residuo que conserva un valor causal: sólo un ente no totalmente programado, capaz todavía de elegir, puede hacer lo que la “máquina obediente” de Turing no puede hacer: poner la máquina en funcionamiento, detenerla si no se detiene por sí sola, enchufarla o desconectarla, romperla o venderla, sustituirla por una mejor (Turing, 1950).

Patologías actuales y síntoma social

La bibliografía es abundante sobre el hecho evidente de que las *patologías* que hoy interesan, la que recibimos ahora en la consulta analítica, difieren de las formas clásicas, aquellas que encontraron o delimitaron Freud y Lacan. Difieren en su forma, en su frecuencia, en las posibilidades de su abordaje. Prevalecen el trastorno de ansiedad, el ataque de pánico, la aversión hacia los alimentos naturales del cuerpo y del alma, la impulsión súbita que la compensa, la anorexia y la bulimia, la obesidad americana, la adicción al fármaco, al juego, a Internet, la esquizofrenia, la depresión, el trastorno bipolar. La lista completa se encuentra en el *DSM 5*, a cuyas categorías estadísticas suelen plegarse los psicoanalistas de hoy en día.

No se discute, en general, el hecho de que la mayoría de estos trastornos existen desde hace miles de años, que constan en papiros egipcios, que fueron descritos por la medicina hipocrática. Los porcentajes han variado, es verdad. El acceso al fármaco {etimológicamente: “chivo expiatorio”} es un factor que no sólo incide, sino que altera las formas clínicas y las estadísticas. Las patologías son ahora casi siempre “duales”, porque la enfermedad primaria se mezcla, se atenúa o se potencia por el consumo de sustancias legales o ilegales, Ritalina[®] o cocaína para mejorar la concentración o el humor, Rivotril[®] o marihuana para esquivar la angustia.

El efecto de la informatización del saber impacta de diversas formas:

- Reemplazo de la sabiduría local y de las referencias familiares por modelos estandarizados en otras latitudes;
- Debilitamiento, si no sustitución, de los lazos sociales por otras formas de “comunicación” cuyo efecto es más bien aislante (cada quien en su ciberburbuja);
- Reemplazo de los afectos fundamentales, que enraízan el deseo del hablante –la angustia y el sentimiento inconsciente de culpa– por tratamientos

que permiten evitarlos; la angustia, que señalaba con certeza la puerta del deseo, puede ser tratada sin elaboración psíquica ni acción personal, el sentimiento de culpa, que indica el descuido del deseo, puede ser adormecido más aún, y ambos gracias a la acción del *fármakon* {chivo expiatorio, el que se hace cargo de la culpa, insisto}.

Lo anterior permite una realización universal del síntoma social por excelencia, válido “para todos” en este sistema en que la informatización de los saberes, las comunicaciones y los quehaceres ha sido captada por el sistema capitalista. Lacan fue contundente y orientativo, para él *sólo hay un único síntoma social*: cada individuo es realmente un proletario, es decir, no tiene ningún discurso con el que hacer lazo social, dicho con otro término, semblante (Lacan, 1974: 86). Esta proletarianización es inducida y aprovechada por un megadispositivo que preexiste y que es, hasta ahora, el que mejor se adapta a la informatización: el discurso del capitalismo. Lacan lo incluyó entre los discursos establecidos, pero con esta particularidad, la de ser un discurso que no hace verdaderamente lazo social; el capitalismo individualiza proletarianizando, tiende a disgregar los lazos sociales y familiares. Esta proletarianización es la realización de la condición marxista del proletario, que entrega al sistema su prole para reproducir y alimentar en él la fuerza de trabajo (y de consumo) que el sistema requiere. Trabaja para consumir, y para consumir consume su vida trabajando, en la mayoría de los casos lejos de su deseo. El proletario es la *enérgeia*, el residuo causal que alimenta la *Matrix* de (los entonces hermanos y hoy) las hermanas Wachowski, en la película estrenada en 1999.

Un método regresivo

Por razones que merecen ser esclarecidas, el psicoanálisis incita a un camino de regreso, a volver sobre las referencias que existen desde los comienzos del hablante. En la perspectiva de Turing hacia 1948, el ser hablante es el residuo de lo programable (Hodges, 1983: 380), y es en tanto tal que lo recibimos en el consultorio analítico. Atendemos la repetición, pero para hacer lugar a lo *no programable*. Su relación libidinal más directa, la relación sexual, *no puede ser escrita*, ni a mano ni impresa con ninguna tipografía. En tanto sujeto perdido, alienado en las redes sociales y en las patologías del consumismo, el análisis le propone volver sobre su síntoma, su rebelión personal, su modo de trabar los programas y pervertir la sexualidad genital. El procedimiento analítico le permite hacerlo con su medio más antiguo, los significantes que remiten a la

infancia y a sus “raíces”. Su síntoma no es solamente síntoma *social*, ni tampoco solamente *singular*, porque esa singularidad no alcanzaría para extraerlo de lo general, de lo que nos pasa a todos (ya que “todos” somos singulares, todos *queer*). Lo que cuenta es el síntoma *particular*, ese que comparte algunos rasgos y posiciones en el deseo con algunos otros, de la familia o de otros referentes activos en el sostén del deseo, por represión u otro procedimiento.

Prescindiendo de toda tecnología, de todo contrato escrito sobre papel o informatizado, el análisis entabla un lazo de dos cuerpos hablantes, en una práctica que, en principio, no exige formalmente de la escritura ni de ninguno de los otros dispositivos de la civilización global. Por supuesto que el lazo analítico no podría existir como único lazo social del ser hablante, ya que el sujeto que toma a cargo es el de la ciencia y no meramente el del lenguaje (Lacan, 1966: 858); la escritura, lo impreso y lo informatizado también inciden en el marco social en el que se practica ese lazo, en el entrar y el salir de él. La escritura y las armas de la informática son imprescindibles en los estudios previos, en las reseñas clínicas o teóricas posteriores, en los lazos en red que engloban a los analistas, y no para peor. Pero insisto en que el encuentro entre analista y analizante ha de prescindir, metodológicamente, de las tecnologías de los niveles 2, 3 y 4. El analista puede no tomar notas, puede no publicar, algunos ni siquiera leer; puede prescindir también, al menos mientras escucha, de toda tecnología digital.

El psicoanálisis, que se ocupa precisamente de lo no programado {literalmente: “no escrito de antemano”}, supone sin embargo que ciertas cuentas, ciertos significantes, ciertas letras están en alguna parte inscriptas en una memoria inconsciente. Freud ya había advertido que el deseo nace con relación a esas inscripciones, pero lateralizado, desplazado de ellas, y que es así como se sostiene por fuera de lo prescripto, por fuera del orden impuesto por el discurso del amo, en conexión y en ruptura también con la educación recibida en la familia y en la escolarización institucional. Lo advirtió medio siglo antes del comienzo de la era informática que, a decir verdad, en nada contesta lo revolucionario del descubrimiento freudiano, aún si esta nueva era mete presión con la exigencia de programación sobre la vida del humano. En referencia a esto último, señalemos al pasar que Lacan sugirió una nueva máxima en reemplazo de la cristiana que subsume al decálogo del Antiguo Testamento. La máxima cristiana dice: “Amarás al prójimo como a ti mismo” y Freud comentó las dificultades que encontramos en cumplirla (1930: 106-111). La máxima que ordena nuestra época se puede resumir del siguiente modo: “Actúa siem-

pre de modo tal que tu acción pueda ser programada” (Lacan, 1959-60: 94). Por supuesto que también es incumplible, pero su presión sobre nuestras vidas es enorme, y supone un desprendimiento aún más acentuado de un bien propiamente humano.

El síntoma actual

Mucho se habla de síntomas actuales, pero usualmente sin considerar que, tratándose del *pathos* del ser hablante, lo actual a nivel del síntoma toma desde Freud una rara vigencia, que se incrementa en nuestros días; días de lavado informático del saber inconsciente. La perspectiva del psicoanálisis es en este sentido “clásica” en el sentido en el que Italo Calvino o Harold Bloom definen ese término, ya que rescata la actualidad de las obras, de los actos, de los registros, incluso de los síntomas del pasado.

Lo *actual* es el modo del síntoma que corresponde a la globalización. El padecimiento y el obrar patológico se acomodan a ese lavado histórico propio de una ciencia sin memoria, o cuya memoria ya no corresponde a la del ser hablante sino a una acumulación de datos bajo la forma de *software* que se almacena en diversos soportes, desde el disco duro hasta el *eCloud*. La modalidad global de tratamiento del padecer es ahora “multiaxial y estadístico”, borrando la causalidad subjetiva que Freud introdujo a partir de la herencia cultural heleno-judaica, que siempre tuvo en cuenta el deseo y sus índices mayores, la angustia y la culpa. El modelo perfecto es ahora el *DSM5*, donde todo rastro de etiología freudiana ha sido rigurosamente borrado. Allí no figura ya la histeria, se desdibujó la paranoia que es también una modalidad de respuesta subjetiva, la melancolía, enfermedad moral, fue reemplazada por la depresión, las pasiones se disolvieron en afectos, emociones y humores, la angustia degenera en pánico y ansiedad, el síntoma deviene *disorder*, desorden, y todo ello listo para ser tratado por algún fármaco, algún chivo expiatorio del sujeto proletarizado, cuyo deseo no importa sino al que le provee sustancias, entretenimientos, soluciones virtuales, y eventualmente trabajo - aunque de todos modos, por efecto malthusiano de los recursos humanos más automatización del trabajo, la mano de obra es cada vez más fácilmente reemplazable -.

Nada podría oponerse más a la posición de Freud, quien estableció una distinción propiamente nosológica entre el síntoma de la *neurosis actual* y el de la *neurosis de transferencia*. Explica que los síntomas de las neurosis actuales

no tienen sentido alguno, carecen de significado psíquico, son procesos enteramente somáticos, desconocen todo componente electivo y hasta podría solucionarse mediante descarga sexual mecánica (Freud, 1917: 352). El síntoma de la psiconeurosis o neurosis de transferencia admite, por el contrario, la contradicción que le es inherente en tanto síntoma. La división subjetiva que lo constituye abre la posibilidad del análisis de las pulsiones elementales y de los deseos en juego. Lo meramente actual rechaza la división, rechaza el inconsciente, desconoce el equívoco en que éste se funda, es pasaje al acto que se afirma por fuera de las cadenas de lenguaje que constituyen la memoria, se desliga y se fuga de ellas. Al menos así se presenta inicialmente, como padecimiento o acción desligada de todo. ¿Verdad tal vez?, pero sin sujeto – es el caso *acting out* -.

¿Y dónde está el sujeto en el síntoma actual? ¿No existe?, ¿o acaso existe afuera del cuerpo, en la inquietud que agita a los padres y a los amigos, en la inquietud que a veces afecta a los que espían el *acting out* en Facebook u otras redes antisociales, en la preocupación de los maestros, en los que piden ayuda por quien no puede o no sabe hacerlo, desgarrados ellos por un sufrimiento al mismo tiempo ajeno, dañino y autosuficiente, que remite el efecto de división subjetiva al Otro? El anoréxico no necesita comida, pero su familia se angustia o se divide porque no come. El jugador sólo se interesa en recuperar lo perdido en la próxima apuesta, en el olvido decidido del costo subjetivo de ese acto repetido, pero sin historia; su esposa y sus hijos padecen esa pérdida, lo quieren y lo detestan; pero aun si lo odian, a veces quieren ayudarlo.

Poniendo en acto el método analítico, aprovechemos la generosa anfibología del término *actual*, que con leves variantes ortográficas tanto el alemán como el francés y el español heredan de la lengua latina: actual es actual de acción, actual de práctica, actual de reciente, de actualidad palpitante, actual de no pasado, tampoco elaborado. El deslizamiento de la actividad a la actualidad del síntoma es tentador para la medicina y para la psicología prepagas, ya que sin mucha historia ni clínica ese síntoma puede ser tratado con recetas exteriores, basadas en manuales ancestrales o estadísticos (*penis normalis*, alprazolam, carbamazepina, aripiprazol), o mediante terapias superficiales, entre 4 y 12 sesiones de reeducación emocional o de reorientación coercitiva de la conducta. La indagación analítica, por el contrario, valora el gesto freudiano de interrogar el *pathos*, que es activo y pasivo al mismo tiempo, para devolverle la palabra, el tiempo, la memoria, la dignidad de sujeto.

Lo actual, es entonces, lo que no remite al pasado, lo que no resulta elaborable en función de lo ocurrido previamente, lo que no responde a los mecanismos de la memoria inconsciente, precisamente porque *su esencia misma consiste en ignorar esa memoria*. Es “actual” el caso que se presenta al psicoanalista en el desinterés o en la dificultad para establecer una transferencia aprovechable para la cura, es también la ausencia real o aparente de un entramado inconsciente en la elaboración del problema. Ahora bien, hacer ingresar lo actual en la elaboración analítica, que es el primer objetivo del análisis, otorga un horizonte ético a todo tratamiento posible. Devuelve al extraviado su dignidad de sujeto. El síntoma actual deja su paso al de transferencia, que consiente la elaboración inconsciente.

En este sentido, algunas metáforas de Freud permiten situar lo actual de otro modo. Lo actual es ese cuerpo extraño, ese grano de arena que el tejido blando del molusco bivalvo rodea de sucesivas capas de aragonita y conchiolina, esa reacción nacarada que en algunos casos puede resultar en una *perla*, preciosa o no: lo actual es ese grano en el que el yo no se reconoce, y que puede tener valor causal para la constitución del síntoma. Otra metáfora no es tisular sino hidrodinámica, y permite advertir que tal vez sin saberlo ya se ha encontrado la compuerta: el procesamiento psíquico de lo actual comienza en la noticia, en la reacción y en la solución precaria que constituyen esos *diques que contienen lo pulsional* bajo las formas clásicas del asco, de la vergüenza y de la moral. Lo pulsional no es todavía elaborado, no es subjetivado, no es socialmente canalizado, pero es hidráulicamente contenido, y a veces liberado bruscamente en la impulsión que rompe esos diques.

La tercera, más vasta, es “energética”. *Enérgeia* es un término clave de aquella metafísica aristotélica que estudia los principios que subyacen a lo que se manifiesta, a la *fisis*, y a lo que se practica, la *praxis*. *Enérgeia* se traduce usualmente como *acto*, noción sin la cual el psicoanálisis no tendría ninguna consecuencia. Freud advierte que *actual* es el empleo meramente físico, manifiesto, de algo que podría tener presencia causal en el terreno de la *praxis*; eso permitiría que la dispersión fenoménica de lo actual pueda ser éticamente aprovechada. Lo actual es extraño, pero no exterior, es pulsión y es defensa, es angustia o pasaje al acto para el sujeto que no ha encontrado ningún deseo como guía, como orientación, como destino pulsiones enfrentadas. El psicoanálisis, para estar una vez más a la altura de la subjetividad de la época, ha de concebirse como exploración del campo del acto del hablante, o se degradará en ciencia falsa y estéril.

Las herramientas conceptuales y prácticas que Freud nos ha legado son tan poderosas, que soportan la profunda reformulación de las civilizaciones a la que asistimos – optimistas asustados o pesimistas resignados a la uniformización digital de todas las sabidurías humanas, que eran locales y requerían de un maestro -. El amor ahora líquido, según la caracterización del recientemente fallecido Zygmunt Bauman, puede generar un par de burbujas, las burbujas añadirse a otras burbujas, devenir virtual gracias a Internet, y generar un mundo sutil, aislado, explosivo. La clínica freudiana abarca, sin embargo, ese campo clínico que multiplica en nuestros días sus formas – desgarrando familias y posiciones tradicionales -, y haciendo lugar al clamor de burbujas en que manifiesta lo actual. El acontecimiento Freud, desde el efecto espumante de Internet, merece una revisión global.

Esa revisión debería tener en cuenta que Freud es el autor por excelencia en el sentido de Benveniste y de Foucault: no el que aumenta algo que ya existía, sino el que funda un discurso nuevo, un modo completamente diferente de lazo social. En este caso el lazo que se establece entre un analista que acepta la posición causal del objeto, y un paciente que deviene analizante – donde analizante quiere decir que actúa, pero que también al mismo tiempo padece, o viceversa, y que si se encuentra con el analista deja de ser mero paciente para encarnar el síntoma, una voz desgarrada, pasiva y activa al mismo tiempo -. Gracias a Freud, el analista puede reemplazar al grano de arena al que el analizante reacciona, el síntoma deja de ser solamente actual, su vínculo con la causa es activado, deviene transferencial; y otros canales, propiamente analíticos, pueden abrirse para dar paso a la energía pulsional que almacena.

El acontecimiento Freud, rescatado en Francia por Lacan, de actualidad creciente en Argentina, en Brasil, en Colombia, en España, incluso ahora en USA y Europa del Este, es consecuencia del acto de Freud. Es el único caso que conozco en la historia de los discursos en que la creación de un discurso nuevo está ligada a un único nombre. No sabemos quién fue el primer filósofo ni el primer físico ni el primer matemático ni el primer profeta religioso. Siempre hay varios candidatos, y ninguno es aseguradamente el primero, es materia de discusión. Sí sabemos con precisión quien fue el primer psicoanalista. Surgido de su propio análisis y de su coraje, sin otros analistas con quien formarse, se liberó de las ataduras del discurso médico y de la moral ancestral, pero sin abandonar sus preguntas de investigación ni renegar de la trama de lenguaje y desechos que encontró en el corazón electivo del ser, ese que constituye la *enérgeia* de la *matrix* global.

Su acto consistió en autorizarse en sueños de culpa y redención interpretativa, sueños soñados a partir de la cura defectuosa de su paciente Irma, lapsus cometidos a causa de la omisión voluntaria del relato del suicidio de algún paciente. Freud rinde cuentas de ese acto en sus propios libros negros, en su *Psicopatología de la vida cotidiana*, y antes aún en su *Interpretación de los sueños*, que es, en mi opinión, uno de los tres textos científicos más importantes que vieron la luz en el siglo XX, y de esos tres, el único que contempló cuestiones éticas. El segundo pertenece con certeza a Gödel, quien guio a Turing a la lógica del *software*, para el tercero habría varios candidatos, Einstein, Planck, Watson y Crick entre tantos otros, y ninguno con el puesto asegurado.

Me llevó bastante tiempo entender por qué Freud consideraba *Tótem y tabú* su obra preferida. ¿Por qué no la *Interpretación de los sueños*, en la que él mismo había previsto su ingreso en la Historia, en su casa de Viena el 24 de julio de 1895? Creí encontrar la clave cuando leí en el último capítulo de *Tótem y tabú*, que el psicoanálisis analiza la posición del ser hablante con referencia a la acción; que la neurosis es la creación de una realidad psíquica inhibitoria, al mismo tiempo asocial y de inacción; que el neurótico valora más la realidad ficticia que la fáctica, donde la urgencia y los actos se realizan; que si bien el acto es de cada uno y redefine para cada quien su realidad, su posición y su responsabilidad, ese acto se apoya en los actos de sus predecesores. Allí escribe, memorablemente: “Si cada quien debiera adquirir de nuevo toda su postura frente a la vida, no existiría ningún progreso de una generación a la siguiente, habría que adquirirlo todo cada vez.” Por eso, el acto humano se apoya en referencias míticas incluidas en la herencia, memorias imperfectas de actos anteriores cometidos por nuestros antecesores, de pecados originales en los que se basa nuestra vida y nuestro deseo de vivir esta vida, fijada afuera del paraíso y del tedio, por fortuna. Es también en este texto donde Freud recuerda a Fausto recomendando a su discípulo: “Lo que has heredado de tus padres, debes adquirirlo, para hacerlo tuyo” (Freud, 1913: p. 159).

Esto indica por qué el psicoanálisis es regresivo, requiere volver a los recursos primeros, anteriores de la civilización, y *en particular* sobre la historia que se realiza con el síntoma, esa que Lacan llamó la *hystorisation* del propio análisis, en la que la *histoire* {historia} personal se elabora y se realiza con la “y” de *hystérie* {histeria}.

Si bien lo actual comparte con el acto, por su estructura misma, el rasgo austiniiano de no poder ser enteramente consecuencia de otro acto (Austin, 1962: *passim*) se diferencia de él por ser sin historia ni deseo en el Otro. Tal vez el

paso por un psicoanálisis, transferencia mediante, permita su transformación y su reinscripción social. Es la apuesta freudiana, que intentamos renovar aun cuando la programación nos conmina cada día más exigentemente a consumir la vida progresando, sin volver la mirada ni escucharnos.

El tratamiento analítico del síntoma

Nuestra época global ha sido bien enmarcada por los ejes temáticos de esta publicación:

1. El *empuje al consumo*, es decir un goce que suele implicar un descuido de ese deseo indestructible discernido por Freud, esencia del hombre, social por naturaleza;
2. Por la *forclusión de la castración* que profundiza la declinación del padre como referente mítico, con lo que implica de empuje a la psicosis y al pasaje al acto;
3. Por la *proletarización del lazo social* que aísla a cada uno en su burbuja, e impulsa a entrega a sus hijos a la economía del aislamiento;
4. Por el *empuje a la reacción queer*, finalmente, que rechaza las raíces particulares que incluyen las referencias locales;
5. Por una promoción de modelos de la mente y de recursos de la “inteligencia artificial”, dispositivos útiles a los fines del *control cognitivo-comportamental*, tendientes al reemplazo de la iniciativa personal por extensiones de procesos mecánicos automatizados; entre ellos puede contarse la reeducación emocional a la que se reducen, actualmente, algunas de las psicoterapias más promocionadas por los sistemas de salud, recuerdan la sentencia lacaniana, inspirada en “La lección” de Ionesco: la psicoterapia conduce a lo peor.

Además, entre las distintas redes que promueve la civilización global, están las redes de autoayuda, donde te enseñan con más o menos filosofía cómo arreglártelas solo, y precisamente en esos puntos en los que tú no puedes... Es lo que señala el límite preciso de la filosofía, un siglo después. ¿Por qué Heidegger suele ser considerado el último filósofo digno de ese nombre? Llegó a delimitar con precisión la *Sorge*, la cura que se alcanza atravesando la angustia (*Ser y tiempo*, §§ 39-44). Si la filosofía encontró allí su límite es también por desconocer a Freud, por confesar que la cura a la que accede se aplica a todos y a nadie. El *dictum de omni et nullo* de la filosofía excluye al sujeto particular,

ese que no está a la altura de su deseo, y que no lo está de un modo particular, el de su síntoma, que se estructura en un saber que no es sólo suyo. Ese saber incluido en el síntoma, que no es de todos ni para todos, es lo que justifica la persistencia de una perspectiva al mismo tiempo clínica y antifilosófica. Ni siquiera el propio Martín Heidegger supo curarse del contexto complicado que le tocó vivir. “El psiquiatra necesita un psiquiatra”, pudo haber dicho de Lacan, sin advertir en qué punto se puede necesitar un análisis; él mismo, que en sus *Lecciones Zollikon* pretendió explicar a Freud lo que “análisis” quiere decir: destejer, desanudar, liberar, sin advertir que no hay fórmula del análisis para todos, que no hay análisis que pueda sortear los síntomas particulares.

La suficiencia del filósofo de la autoayuda encuentra su esplendor terminal en Sartre, cuando, 30 años después y otra Guerra de por medio, escribe “Soy responsable del mundo y de mi posición en el mundo en cualquier circunstancia en la que me encuentre”. Así, del tiempo, el ser pasa a la nada. ¿Aman el saber los filósofos actuales, o se dedican más bien a la vanidad del acontecimiento para todos? ¿Es por eso que confunden lo verdadero con lo real, incluso declarando haber leído a Gödel y a Lacan? Cuesta encontrar en ellos el sabor o el saber. Por supuesto hay algún Agamben que merece lectura y respeto, pero no estrictamente por ser un filósofo, sino por amar el lenguaje, por tomar en serio todo lo que descubrió Émile Benveniste explorando el vocabulario de las instituciones indoeuropeas. Permite entender, por ejemplo, apoyándose en testimonios de Primo Levi, cómo el *homo* puede devenir *sacer* antes de morir, y cómo eso puede realizarse industrialmente gracias a las tecnologías de la segregación.

Es un hecho que la mayoría evita los grandes riesgos, evita las rupturas radicales, prefiere la mediación y la estabilidad de los lazos sociales, y si no los consigue busca enredarse de algún modo. La angustia, que señala la puerta y podría llamar al coraje, suele ser esquivada. Tanto es así que hoy en día se la reduce al pánico y se la adormece lo antes posible. Ya no se piensa que la angustia pueda ser un apronte para la decisión y el acto.

Tal vez sea cierto que de nuestra posición de sujetos somos siempre responsables, según escribió Lacan en un contexto muy diferente que el del filósofo, enmarcado en el campo freudiano (Lacan, 1974). Sin embargo, aclaremos que, en cuanto a la responsabilidad cada uno responde, realmente, en su momento, en su tiempo, y con algunos otros. Quienes no somos filósofos admitimos esta limitación: tal vez por ahora preferimos no hacernos cargo, no a solas, no sin los otros del lazo social. Podemos incluso querer un analista, que nos permite

demorar decisiones, y que no nos deja solos; y que nos ofrece un lazo limpio de la coerción y la obscenidad grupal. En cuanto a las decisiones que realmente importan, preferimos tomarlas como hechos ineluctables, efectos de un destino que desconocemos: “a esto me atengo, otra cosa no puedo”, ironizaba Freud (1901: 247).

En suma, no son muchos quienes se atreven a saltar sin red. El coraje espontáneo no está al alcance de todos: ese deseo que lleva al hombre decidido a arrancar de las vísceras la causa de una acción sublimatoria, esa libertad positiva que permite tallar obras, ciudades, discursos o poesía. Tampoco está al alcance de todos saltar al vacío, ese ejercicio negativo de la libertad que consideramos locura, porque supera el vértigo la soledad y en ocasiones también la vida.

Freud y Winnicott explicaron, a su manera, que antes de decir que es como saltar sin red, conviene practicar en el diván, esa cama elástica en la que el analizante suelta/salta palabras sin consecuencia, juega verbosamente con palabras, sin decir. Tal vez llegue a decir, es la apuesta del análisis. Decir es el acto propio de este ser que, hablando una lengua equívoca, en algún momento se decide, se determina, produce algo cierto, un salto sin red, aunque no sin Otro, no sin el deseo del Otro al que el lenguaje equívoco siempre abre la puerta. Decir es inscribirse otra vez, de otro modo, en la ciudad del discurso. Que pueda ser el resultado de un análisis, es lo que justifica la irrupción de Freud en las civilizaciones.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2013): *Qu'est-ce que le commandement?*, Paris, Bibliothèque Rivages.
- Benveniste, Émile (1969) : *Vocabulaire des institutions indo-européennes*, París, Minuit.
- Einsenstein, Elizabeth (1979): *The printing press as an agent of change*, New York, Cambridge University Press.
- Freud, Sigmund (1901): “Psicopatología de la vida cotidiana”, *Obras completas*, vol. 6, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- Freud, Sigmund (1913): “Totem y tabú”, *Obras completas*, vol. 13, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
- Freud, Sigmund (1930): “El malestar en la cultura”, *Obras completas*, vol. 21, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
- Heidegger, Martín (1927): *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Hodges, Andrew (1983): *Alan Turing: The enigma*, New York, Touchstone.
- Lacan, Jacques (1959-60): *L'éthique de la psychanalyse*, París, Seuil, 1986.
- Lacan, Jacques (1966): “La science et la vérité”, *Écrits*, París, Seuil.
- Lacan, Jacques (1974): “La tercera”, *Intervenciones y textos II*, Buenos Aires, Manantial, 1988.
- Lombardi, Gabriel (2008): *Clínica y lógica de la autorreferencia*, Buenos Aires, Letra Viva.
- Piketti, Thomas (2013): *Le capital au XXI siècle*, París, Seuil.

Robertson, Douglas (1998): *The New Renaissance. Computers and the next level of civilization*, New York, Oxford University Press.

Sartre, Paul (1943): *L'être et le néant*, Paris, Gallimard.

Turing, Alan (1937): "On computable numbers, with an application to the *Entscheidungsproblem*". *Proc. London Math. Soc.*, vol. 42. Online en www.abelard.org/turpap2/tp2-ie.asp.

Winnicott, Donald (1971): *Playing and reality*, New York, Routledge.